

OSCAR LEWIS *

LA CULTURA DE VECINDAD EN LA CIUDAD DE MÉXICO

ESTUDIO DE DOS CASOS **

EL RECIENTE CAMBIO de la antropología del estudio de los pueblos tribales al estudio de los campesinos, y —como en el caso de este trabajo— al de los habitantes de la ciudad, otorga un significado potencialmente nuevo y práctico a los hallazgos de los antropólogos. Reclama también una revaluación de las relaciones entre el antropólogo y el pueblo que estudia, que es, en su mayoría desesperadamente pobre. Aunque los antropólogos están bastante familiarizados con la pobreza, a menudo la han dado por sentada en sus estudios sobre sociedades preletradas porque parece que fuera parte natural e integral del sistema de vida en su conjunto, íntimamente relacionada con la tecnología atrasada y los recursos escasos, o con ambos. En efecto: muchos antropólogos se han propuesto defender y perpetuar este modo de vivir, contra los adelantos de la civilización.

Pero en las naciones modernas, la pobreza es cosa muy diferente. Sugiere antagonismo de clases, problemas sociales y la necesidad de un cambio, y con frecuencia la interpretan así los individuos a quienes se estudia. La pobreza se convierte en un factor dinámico que afecta la participación en la cultura nacional en su sentido más amplio, y crea una subcultura propia. Se puede hablar de una cultura de la pobreza porque tiene sus propias modalidades y determinadas consecuencias sociales y psicológicas para sus miembros. Me parece que la cultura de la pobreza traspasa los límites de lo regional, de lo rural-urbano y aun de lo nacional.

* Del Departamento de Antropología de la Universidad de Illinois, EE. UU.

** Ponencia presentada en el XXXIII Congreso Internacional de Americanistas, San José, Costa Rica, en julio de 1958.

Me impresionan, por ejemplo, las notables similitudes entre la estructura familiar, la naturaleza de los lazos de parentesco, las relaciones entre marido y mujer, las relaciones entre padres e hijos, la noción del tiempo, las modalidades en la manera de gastar, los sistemas de valores y el sentido de comunidad que se encuentran en los barrios de clases populares en Londres (Zweig, 1949; Spinley, 1953; Slater y Woodside, 1951; Firth, 1956; Hoggart, 1957), Puerto Rico (Stycos, 1955; Steward, 1957), los arrabales de la ciudad de México, los poblados rurales mexicanos (Lewis, 1951) y los negros de clase baja en los Estados Unidos.

Para comprender la cultura de los pobres es necesario vivir con ellos, aprender su lenguaje y sus costumbres, e identificarse con sus problemas y aspiraciones. Adiestrado en los métodos de la observación y de la participación directas, el antropólogo está bien preparado para la tarea, ya en su propio país o en un país extraño. Desafortunadamente, en muchos de los países subdesarrollados la élite educada nativa posee en general escaso conocimiento de primera mano de la cultura de los pobres de su propio lugar, porque la naturaleza jarárquica de su sistema social inhibe la comunicación entre las clases. En México, por ejemplo, no se sabe prácticamente nada de índole científica sobre la vida familiar de las clases bajas. En uno de los pocos estudios recientemente publicados sobre la familia mexicana, la autora, (Bermúdez, 1955) tuvo que basarse casi totalmente en novelas, muchas de las cuales eran reconocidamente de segundo orden. Esto no quiere decir que menospreciemos las percepciones de los novelistas; pero hay muy pocas grandes novelas contemporáneas que traten de las clases bajas de los países subdesarrollados.

En la ciudad de México, la mayoría de los pobres viven en vecindades. Generalmente, las vecindades consisten de una o más filas de viviendas de un solo piso, de una o dos habitaciones, construidas de cemento, ladrillo o adobe, y forman una unidad bien definida con algunas de las características de la pequeña comunidad. El tamaño y el tipo de las vecindades varían enormemente. Algunas constan sólo de unas cuantas viviendas; otras, de varios centenares. Algunas se encuentran en el corazón de la zona comercial de la ciudad, en edificios coloniales de los siglos xvi o xvii, ya semiderruidos, en tanto que otras, en los alrededores de la ciudad, consisten de chozas de madera —jacales— y se parecen a esos *Hoovervilles*,*

* *Hooverville*, nombre dado en Estados Unidos a los barrios improvisados más pobres, ocupados por gente desempleada, que surgieron en la década de los treinta, y que derivaron su nombre del entonces presidente Hoover. (Nota del Ed.)

de aspecto semitropical, que eran tan comunes en los Estados Unidos durante la depresión.

En este trabajo describiré y compararé mis observaciones preliminares sobre dos vecindades de la ciudad de México, que estudié en 1956-57, para ilustrar las diferencias así como los factores comunes, de la vida de las vecindades. He llamado a la primera vecindad, Casa Grande, y a la segunda, Panaderos.

Casa Grande está entre las calles de Barberos y Hojalateros, a poca distancia del Mercado de Chueco. Es una vecindad gigantesca que alberga a más de 700 personas. Ocupando toda una manzana, Casa Grande es en sí misma un pequeño mundo, encerrado hacia el Norte y el Sur por altas paredes de cemento, y hacia los otros dos costados, por filas de tiendas que dan a la calle. Estas tiendas —ventas de alimentos, una tintorería, una vidriería, una carpintería, un salón de belleza—, además del mercado y de los baños públicos del barrio, satisfacen las necesidades básicas de la vecindad, de suerte que es raro que muchos de sus moradores —particularmente los que proceden de regiones rurales— se alejen de la zona; son como extranjeros en el resto de la ciudad de México. En esta sección de la ciudad vivía el hampa, y todavía la gente teme andar por ahí de noche. Pero la mayoría de los elementos criminales se han ido y casi todos los vecinos son comerciantes pobres, artesanos y trabajadores.

Dos angostas y modestas entradas, cada una con una alta verja que permanece abierta durante el día y se cierra por la noche a las 10, tiene la vecindad por los costados oriental y occidental. Cualquiera que entre o salga después de la hora reglamentaria debe tocarle al portero y pagarle para que abra la verja. La vecindad está protegida por sus dos santos patronos, la Virgen de Guadalupe y la Virgen de Zapopan, cuyas imágenes están guardadas en nichos de vidrio, una a cada entrada. Las imágenes están rodeadas de flores y de velas, y tienen prendidas a las túnicas brillantes medallitas, cada una de las cuales es testimonio de un milagro hecho a alguien de la vecindad. Pocos de los vecinos pasan frente a las Vírgenes sin hacer algún ademán de reconocimiento, ya sea que levanten la mirada o se persiguen apresuradamente.

Dentro de la vecindad hay cuatro patios largos de cemento, de unos cinco metros de ancho. Cada uno está bordeado por anchos edificios rectangulares de cemento, divididos en 157 departamentos de una sola habitación, cada uno con su puerta pintada de rojo vivo, que se abre al patio a intervalos regulares de unos cuatro metros. Durante el día, en la mayoría de las viviendas se utilizan toscas escaleras de madera para subir a la

azotea que se encuentra encima de la cocina de cada habitación. Los techos sirven para muchas cosas y están llenos de ropa tendida, jaulas de pollos, palomares, macetas de flores o de hierbas medicinales, depósitos de gas para cocinar y una que otra antena de televisión.

Cerca de la puerta, en cada vivienda, está una cocinita por la que se pasa para entrar al dormitorio. A la izquierda de la puerta hay un lavamanos y un excusado, separado por una puerta de bandera con bisagras de resortes. A la derecha, se encuentra la estufa, una mesa con sus sillas y acaso un trastero. En las cocinas dotadas de un equipo más moderno, generalmente no cabe la mesa, en cuyo caso ésta se coloca en el dormitorio. En algunas viviendas, también el dormitorio se ha llenado de camas, un juego de cómoda y mesa de tocador, ropero, máquina de coser, aparato de televisión y otros muebles, obligando a los moradores a construir un tapanco o balcón para conseguir espacio adicional para dormir, al que se sube por una escalera.

Casa Grande es un crisol de México. Sus residentes han llegado de no menos de 24 de los 32 Estados y territorios de la nación mexicana. Aproximadamente un tercio de los jefes de familia nacieron en aldeas, un tercio en ciudades de provincia y otro tercio en la ciudad de México. La mayoría de los residentes procede de los Estados centrales —Guanajuato, Jalisco, México, Hidalgo, Michoacán y Puebla—; pero algunos son de muy al Sur —Oaxaca, Yucatán y Chiapas— y otros de los Estados norteros —Chihuahua y Sinaloa—. El proceso de fusión de los elementos culturales regionales que se lleva a cabo en la vecindad determina el desarrollo de un compuesto nuevo. *También* origina entre los moradores el desarrollo de una sofisticación y de una conciencia de las diferencias regionales mayores de las que existen entre los habitantes del medio rural —más provincianos.

Aproximadamente el 10% de sus moradores lleva de vivir en la ciudad hasta 10 años; el 59%, de 11 a 25 años y el 31%, más de 25 años. La residencia en la vecindad es bastante estable. Un 77% de los jefes de familia ha vivido en la vecindad de 6 a 21 años y el 56%, más de 11 años. El tiempo medio de residencia es de 12 años. Semejante estabilidad de la residencia se debe a las bajas rentas congeladas de la vecindad y a la escasez de viviendas de rentas medianas en la ciudad. Algunas familias de ingresos más altos esperan mudarse a mejores barrios; pero la mayoría está contenta, de hecho, orgullosa, de vivir en Casa Grande.

Un 72%, aproximadamente, de los hogares que cubrió nuestro muestreo de 71 viviendas en la vecindad, estaban ocupados por familias biológicas simples o nucleares, y el 28%, por algún tipo de familia extensa. De

un total de 158 casados que vivían en los 71 hogares, 91 eran mujeres y 67 hombres; en otras palabras, 24 mujeres casadas vivían sin su marido, ya como jefes del hogar o con algún pariente. Nueve de las mujeres eran viudas y las otras 15, separadas, divorciadas o abandonadas. Del total de matrimonios, el 20% eran uniones libres, en su mayoría pertenecientes al grupo de menores ingresos; y en el 20% de los hogares de la vecindad, por lo menos una mujer había sido abandonada.

Debido en parte a la estabilidad de la residencia, la vecindad había adquirido algunas de las características propias de una pequeña comunidad. Un tercio de las familias, aproximadamente, estaban ligadas entre sí por lazos de sangre, y más o menos la cuarta parte, por matrimonio o por compadrazgo. Aunque la mayoría de las familias emparentadas sólo tenían parientes en una de las demás unidades familiares, varias tenían parientes consanguíneos en 3, 4 y hasta en 7 unidades distintas. Cuarenta y seis de las familias estaban emparentadas con otras a través de mujeres y sólo 15 a través de hombres. Por ejemplo, había 16 relaciones de hermana a hermana y 11 de madre a hija, comparadas con sólo 6 de hermano a hermano, una de padre a hija y ninguna de padre a hijo. Esto indica que los lazos entre la familia extensa eran bastante fuertes en la vecindad, particularmente entre las mujeres. Es evidente que la madre constituye el núcleo más sólido y estable en la vida familiar.

A la proximidad y al hacinamiento de las casas, y al hecho de que muchas familias comparten el patio común, se debe en gran medida la reproducibilidad dentro de la vecindad y el fortalecimiento del sentido de comunidad. Las mujeres platican mientras tienden la ropa o hacen sus quehaceres domésticos a la entrada de su casa o se forman para obtener el agua. Los niños juegan ahí dentro porque es menos peligroso que en la calle. Por las tardes, partidas de muchachos se posesionan del patio para jugar un rudo juego de fútbol y las muchachas adolescentes van en grupos de dos o tres para hacer el mandado de sus madres. Los jóvenes asisten a las mismas escuelas, pertenecen a la palomilla de Casa Grande y entablan amistades y lazos de lealtad para toda la vida. Los domingos por la noche hay por lo general un baile al aire libre en alguno de los patios, organizado por los jóvenes y al que asiste gente de todas las edades.

La mayor parte de los adultos tiene algunos amigos a quienes visita o de quienes solicita préstamos. Grupos de vecinos suelen comprar entre todos un número de la lotería, u organizan rifas y "tandas" (ahorros mutuos y planes de crédito de tipo rudimentario) en un esfuerzo para ayudarse. Participan también en peregrinaciones religiosas y juntos celebran la fiesta

de los santos patronos de la vecindad. Las posadas de Navidad y algunas otras fiestas. Pero estos esfuerzos de agrupamiento son ocasionales, porque la mayoría de los adultos no se meten con nadie y tratan de mantener la intimidad de la familia. La mayor parte de las puertas permanecen cerradas y se acostumbra tocar y esperar el permiso para entrar, cuando se llega de visita. Algunos sólo visitan a parientes y compadres y han entrado en pocas viviendas. No es común que se invite a comer a los amigos o a los vecinos, excepto para ocasiones formales como el bautizo y otras fiestas religiosas. Los vecinos se ayudan entre sí, especialmente en casos de necesidad; pero estas intervenciones se reducen al mínimo. No son raros en Casa Grande los pleitos entre las familias, con motivo de las travesuras de los niños, los encuentros callejeros entre las pandillas y las peleas personales entre los muchachos.

La gente de Casa Grande se gana la vida en una diversidad de ocupaciones tan grande que no permite clasificación alguna. El censo de 1950 encontró 72 ocupaciones distintas en esta sola vecindad. Los grupos ocupacionales más numerosos eran los de zapateros, vendedores ambulantes, trabajadores asalariados, choferes, costureras y mecánicos. Un tercio de las familias tiene por lo menos un miembro que trabaja en su propia casa tiempo completo o semicompleto. Algunas mujeres se dedican a lavar o a coser ropa. Algunos hombres son zapateros, limpiadores de sombreros o vendedores de frutas o dulces. No obstante, muchos hombres salen de la vecindad a trabajar como choferes, obreros, fabriles, vendedores ambulantes con carritos manuales, etc. El grupo ocupacional más numeroso es el de los zapateros, la mayor parte de los cuales trabaja por contrato para pequeños fabricantes de los alrededores. Cada zapatero se dedica por lo general a una especialidad: taconero, por ejemplo, o cosedor de hormas. Esta ocupación es más o menos típica de la pequeña industria doméstica que todavía se encuentra en muchas ciudades grandes de México.

Aunque los niveles de vida en Casa Grande son bajos, no son, ni mucho menos, los más bajos de la ciudad de México. Los ingresos mensuales *per capita* de cada familia varían entre 23 y 500 pesos, y se pueden clasificar en cuatro grupos. De las familias analizadas, el 27% contaba con ingresos menores de 100 pesos *per capita*, 41% tenían de 101 a 200 pesos; 22% de 201 a 300 pesos, y 10% de 301 a 500 pesos.

Con miras a trazar la escala de los distintos niveles de vida en la vecindad, preparamos y aplicamos en cada una de las familias de la muestra un inventario de cultura material compuesto de 34 artículos. Once de ellos fueron seleccionados como objetos de lujo, reveladores de cierto nivel de

vida: radio, estufa de gas, reloj de pulsera, cubiertos para comer, máquina de coser, trastos de aluminio, licuadora eléctrica, televisión, lavadora, automóvil y refrigerador (Ver cuadro No. 1). Encontramos que el 79% de las casas tenía radios; 55%, estufas de gas, 54%, relojes de pulsera; en el 49% se usaban cuchillos y tenedores (las cucharas eran muy comunes; pero la mayor parte de la gente comía con la tortilla o con las manos); 46% tenía máquinas de coser; 41% cazos de aluminio; 22% licuadoras eléctricas (los informantes se referían al tradicional metate o piedra de moler, como la licuadora mexicana); 21% aparatos de televisión; 10% lavadoras eléctricas; 6%, automóviles y 4%, refrigeradores. La elevación en el nivel de vida en el transcurso de los cinco años desde que estudié por primera vez esta vecindad, fue notable. Los radios se volvieron tan comunes que ya no servían para diagnosticar la riqueza.

Encontramos que las estufas de gas, los aparatos de televisión, el uso de cuchillos y tenedores para comer y los relojes de pulsera eran los artículos más representativos para diagnosticar el nivel de vida y el nivel de ingresos en general. En el cuadro No. 2 se ve la relación entre la posesión de los objetos de lujo y los ingresos *per capita*.

CUADRO No. 1

Distribución de los objetos de lujo en
Casa Grande, vecindad de la ciudad de México.
(1956)

OBJETO	Número	% de las casas
Radio	56	79
Estufa de gas	39	55
Reloj de pulsera	38	54
Cuchillos y tenedores	35	49
Máquina de coser	33	46
Trastos de aluminio	29	41
Licuadora	16	22
Televisión	15	21
Máquina lavadora	7	10
Automóvil	4	6
Refrigerador	3	4
TOTAL	275	

En tanto que algunos hogares no poseían ni un solo objeto de lujo, otros poseían nueve de los once objetos. Aunque hay considerables repeticiones en el número de los objetos de lujo poseídos por los diferentes grupos de ingresos, el número promedio se eleva de un modo parejo desde 2.00 entre el grupo de menores ingresos hasta 5.57 entre el grupo de mayores ingresos. Sin embargo, el número promedio de objetos por hogar en el grupo de ingresos medios altos y en el grupo de ingresos altos es aproximadamente el mismo; es decir, 5.53 y 5.57, respectivamente. La relación entre los objetos de lujo y los niveles de ingresos es mucho más ostensible entre el grupo de menores ingresos, el de ingresos medios bajos y el de ingresos medios altos.

La posesión de aparatos de televisión se concentraba en los dos grupos de mayores ingresos, los cuales tenían 10 de los 15 aparatos censados. El grupo de menores ingresos no poseía ni un solo aparato. Una tercera parte de las familias que debían hasta tres meses de renta, poseían aparatos de televisión. Tanto los propietarios de aparatos como los que no lo son, los aprecian como medios de diversión. Entre las familias de mayores recursos, el aparato de televisión se destina exclusivamente al uso del hogar, excepto cuando ocasionalmente hay visitas. Las familias más pobres, en cambio, cobran de 25 a 30 centavos a los niños de la vecindad como derecho de entrada, y varias familias de bajos ingresos que habían comprado aparatos de televisión esperaban pagarlos algún día de esta manera.

La estufa de gas es un elemento aún más indicativo del nivel socio-económico que el aparato de televisión. De las 39 que registramos, 36 se encuentran entre los tres grupos de ingresos más altos. La mayor parte de los miembros del grupo de menos ingresos usa estufa de petróleo o brasero de carbón. Dos familias de ingresos medios que tenían televisión usan todavía petróleo y 8 familias con estufas de petróleo aún usan el carbón.

Desde el punto de vista estadístico, el uso de cubiertos para comer parece ser el rasgo más indicado para diagnosticar niveles socioeconómicos. Mientras que el 100% de todos los hogares de ingresos altos tenían cubiertos, sólo los encontramos en el 22% de los hogares de ingresos más bajos.

Parece que hay escasa relación positiva entre el tiempo que la gente lleva de estar en la ciudad, y de ser miembro dentro de los grupos económicos más elevados. Sin embargo, mientras sólo 14% de los miembros del grupo más alto nacieron en las zonas rurales, la proporción relativa al grupo más bajo es de 41%.

En nuestra muestra de la vecindad, encontramos una gran amplitud de niveles educativos que variaban entre 12 adultos que nunca habían ido a

CUADRO No. 2

Ingreso Mensual per capita (\$)	Hogares		Promedio de objetos por familia		Tele- visora	Estufa de gas	Licudora	Reloj Pulsera	Cubiertos	Cazos de Aluminio
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
Grupo Superior (\$ 301-500)	7	10	5.57	3 43	6 86	3 43	5 72	7 100	4 57	
Grupo Medio Alto (\$ 201-300)	15	22	5.53	7 47	12 80	6 40	10 67	10 67	9 60	
Grupo Medio Bajo (\$ 101-200)	27	41	4.21	5 18	18 67	6 22	18 67	14 52	12 44	
Grupo Bajo (\$ 100 o menos)	18	27	2.00	0 0	3 17	1 5	5 28	4 22	4 22	
TOTAL	67	100	4.06	15	39	16	38	35	29	

la escuela, y una mujer que había estudiado durante 11 años. El promedio de años de asistencia a la escuela entre los 198 adultos de nuestra muestra es sorprendentemente bajo: 4.7 años. Los nacidos en la ciudad de México tienen un nivel de aducción (4.9) algo más alto que los nacidos en otros centros urbanos (4.0) y en las zonas rurales (3.0). La educación recibida guarda también una relación positiva con los ingresos: los miembros del grupo de mayores ingresos tienen aproximadamente un año más de asistencia a la escuela que los del grupo de ingresos medios altos, y como un año y medio más que los del grupo de ingresos medios bajos y que los del grupo de ingresos bajos.

Los niños de la vecindad muestran un adelanto educativo substancial con respecto a sus padres. Entre los niños de edad escolar no encontramos ni uno solo que no hubiese ido a la escuela o que fuese analfabeta. Además, la generación joven —muchos de cuyos miembros aún asistían a la escuela cuando efectuamos este estudio— ya tenía una cifra de asistencia a la escuela considerablemente mayor que sus padres. Hasta esa fecha los hijos de gente nacida en las zonas rurales acusaban una cifra de asistencia a la escuela de 5.7 años, o sea 2.7 años más que sus padres. Los hijos de gente oriunda de centros urbanos distintos de la capital, tenían un promedio de 6.4 años, o sea 2.4 más que sus padres. Los hijos de padres nacidos en la ciudad de México mostraban la diferencia menor con un promedio de 6.1, o sea 1.2 años más que sus padres. Entre los niños nacidos en la capital,

las mujeres tenían un promedio de escolaridad mayor, en tanto que entre sus padres eran los varones los que tenían la ventaja.

Haremos ahora una breve descripción del segundo caso que estudiamos: la vecindad de Panaderos. La vecindad de Panaderos apretujada entre dos edificios de ladrillo, en un lote descampado a pocas cuadras de Casa Grande, es uno de los lugares de habitación más pobres de la ciudad de México. Al no estar separada de la calle por pared o cerca, la fila de viviendas de una sola pieza, conectadas entre sí, con sus improvisadas construcciones adicionales, levantadas por el lado izquierdo y posterior del terreno, se encuentra expuesta a la vista de los transeúntes. A plena vista también están dos servicios para uso de los 54 residentes: una pila grande de cemento donde las mujeres lavan sus trastos y su ropa y bañan a sus niños, y dos excusados derruidos, tapados con telas de costal medio desgarrados y que se desaguan con cubetas de agua. Sobre la tierra desnuda del terreno —que tiene una anchura de 10 metros— se desparraman piedras y guijarros, y horquetas de palo que sostienen las cuerdas estiradas donde se tiende la ropa de uno a otro de los edificios laterales. Agujeros abiertos por los niños o algún desagüe a flor de tierra y cubierto a veces por una piedra, dificultan el paso.

Cinco de las doce viviendas tienen cobertizos con o sin paredes, construidos al frente bajo el techo de la cocina, prolongado y sostenido por dos palos, y techado con pedazos de papel de estraza, láminas corrugadas y piezas de hoja de lata prensados con piedras y en que se amontona la leña y las cosas más diversas. Originalmente se construyeron los cobertizos para que los artesanos que viven en la vecindad tuviesen un sitio seco y sombreado para trabajar. Dos de ellos hacen cubetas de hoja de lata, otro hace juguetes con pedazos de chatarra y otro hace cantimploras en miniatura y repara bicicletas. Bajo los cobertizos sobre mesas y bancas viejas se aglomera el equipo: láminas, montones de fleje, alambres, clavos y herramientas.

Los demás hombres de esta vecindad trabajan en varias cosas; tres en zapaterías, uno en una fábrica de cinturones y uno vende periódicos. Debido a que sus ingresos son pequeños y a que buena parte de ellos se la gastan en beber, todas las mujeres y muchos niños trabajan para contribuir a las entradas domésticas. Algunas de las mujeres jóvenes trabajan en tiendas, y otras, como vendedoras ambulantes; pero la mayoría prefiere trabajar en casa haciendo labores a destajo, dulces, o comida para vender en las calles cercanas, o comerciando en ropa vieja o como lavanderas y planchadoras. Los tenderos están siempre atestados de ropa ajena, for-

mando una cortina multicolor tras de la cual la vida de la vecindad puede deslizarse con un poco mayor sentido de la intimidad.

Los jefes de familia de la vecindad de Panaderos proceden de seis de los Estados centrales de México: Guanajuato, Querétaro, México, Hidalgo, Aguascalientes y Morelos. Cuatro nacieron en pequeñas comunidades rurales, 7 en centros urbanos distintos de la capital y 10 en la ciudad de México. Sólo tres parejas llegaron ya casadas a la vecindad, después de vivir en otras partes de la capital. Como ocurre en Casa Grande, la mayoría de los inmigrantes fue llevado a la capital por sus padres o llegaron por sí mismos cuando eran jóvenes. El tiempo que llevan de estar en la ciudad los que proceden de otras partes, varía entre 12 y 49 años. El promedio de tiempo de estar en la ciudad de México es de 26.2 años. Este promedio es mayor que el de la otra vecindad, e indica que la mayor persistencia de los rasgos rurales en esta vecindad más pequeña no depende de lo reciente que sea la llegada desde el campo; como lo veremos, depende de la pobreza y de la pertenencia a la clase baja.

La vecindad de Panaderos es una comunidad más coherente que la de Casa Grande. Nueve de los doce hogares están emparentados con otros y constituyen tres familias extensas. Una madre tiene en la vecindad una hija casada; otra madre tiene un hijo y una hija casados, y una tercera tiene dos hijos y una hija casados. Todas las familias de la vecindad están relacionadas entre sí por el compadrazgo. No obstante, es difícil mantener las tradicionales formas de respeto en las relaciones entre compadres en ese sitio de hacinamiento: los pleitos entre los niños de la vecindad a menudo provocan pleitos entre los compadres. Las visitas y los préstamos son muy frecuentes entre los habitantes de la vecindad, que con facilidad entran y salen de las habitaciones ajenas. Hay ahí poco aislamiento y cada uno se entera de los asuntos de los demás. Sin embargo, en algunos sentidos hay menos organización ahí que en Casa Grande. La vecindad de Panaderos carece de santo patrono protector, de pandillas de niños y de niñas (acaso porque es tan pequeña) y de baile semanal.

La familia biológica o nuclear es el tipo predominante en la vecindad. Seis de las 13 familias que viven en 12 hogares son del tipo biológico simple, consistente en el marido, la mujer y los niños. Tres casas están ocupadas por mujeres viudas o abandonadas que viven con sus hijos ya grandes. Sólo en una casa hay una familia realmente extensa, compuesta por el hombre, la mujer y la hija casada, con sus niños.

Existe un total de 13 matrimonios, en 5 de los cuales los esposos han dejado de vivir juntos. Seis de esos 13 matrimonios (o sea el 46%) eran

uniones libres, 5 estaban casados por lo civil y por lo religioso, uno sólo por lo religioso y uno sólo por lo civil. La alta proporción de 46% de uniones libres contrasta grandemente con la cifra mucho más baja de 20% que corresponde a Casa Grande.

El número promedio de años de asistencia a la escuela de los 25 individuos que han completado su educación es de 2.1 por persona, comparado con 4.7 en Casa Grande. Además, el límite superior de asistencia escolar era de sólo 5 años, comparado con 11 en Casa Grande. Probablemente el mayor contraste entre las dos vecindades es el grado de analfabetismo: 40% en Panaderos y 8% en la vecindad más grande. En ambas, el grado más alto se encontró entre los que proceden del medio rural. Sin embargo, mientras que de los nacidos en la ciudad sólo el 17% eran analfabetos en Casa Grande, 42% lo eran en Panaderos. Además, la generación joven nacida en la ciudad tenía un nivel de educación más alto que el de sus padres en Casa Grande, lo cual no ocurría en Panaderos. Esto indica que en Casa Grande se tiene mayor interés en la educación, lo cual se relaciona sin duda de los mayores ingresos familiares, del nivel de vida más elevado y en general, del funcionamiento de los valores propios de la clase media en oposición a los valores de la clase popular.

La mayor pobreza de la vecindad de Panaderos se evidencia con un menor ingreso *per capita* y con la ausencia de la mayoría de los objetos de lujo que se encuentran en Casa Grande, como se ve en el cuadro No. 3.

El ingreso mensual *per capita* varía de 28 pesos a 280 pesos. Ninguna familia podría clasificarse en el grupo de mayores ingresos de Casa Grande. En Panaderos encontramos sólo 17 objetos de lujo (un promedio de 1.42 por casa), mientras que en Casa Grande había 275 (un promedio de 4.06 por casa). Como ocurre en Casa Grande, la mayoría de los hogares tenía radio, de suerte que tampoco en Panaderos servían los radios para diagnosticar el nivel de vida. La carencia absoluta de cuchillos y tenedores y de estufas de gas es especialmente sintomática del bajo nivel de vida y de la pertenencia dentro de la clase baja. Las familias de Panaderos vivían más o menos al mismo nivel que el grupo de familias de menores recursos en Casa Grande.

CUADRO No. 3

Ingreso Mensual <i>per capita</i> (\$)	Hogares		Promedio de objetos por familia		Tele- visora	Estufa de gas	Licuadora	Reloj Pulsera	Cubiertos	Cazos de Aluminio
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
Grupo Superior (\$ 301-500)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Grupo Medio Alto (\$ 201-300)	2	17	2	1	100	0	0	1	0	0
Grupo Medio Bajo (\$ 101-200)	5	41.5	1.8	0	0	0	0	1	0	1
Grupo Inferior (\$ 100 o menos)	5	41.5	0.8	0	0	0	0	0	0	0
TOTAL	12 Promedio = 1.42		1		0	0	0	2	0	1

Otra diferencia interesante entre las dos vecindades surge al comparar la relación entre los niveles de ingresos y de educación en cada uno de ellos. En Casa Grande encontramos una pequeña relación positiva: al pasar de los grupos de menores a los de mayores ingresos, el nivel de asistencia escolar se eleva de un promedio de 4.7 a 6.1 años. En la vecindad de Panaderos no existe esa relación positiva, lo cual indica también que la educación no se estima allí como un medio de movilidad social hacia arriba.

Como último punto de comparación entre las dos vecindades examinaremos brevemente la celebración del Día de los Muertos. Aunque muchas familias lo celebran en ambas vecindades, había rotundas diferencias de creencias. En la vecindad de Panaderos 10 de las 11 familias estudiadas creían en la venida de los muertos. En Casa Grande, sólo el 34% dijeron que lo creían; 29% se mostraron dudosos y 37% dijeron que no lo creían. Las ofrendas y la celebración eran mucho más elaboradas en la vecindad de Panaderos. Cuatro de sus familias usaban carbón e incienso, 8 hicieron ofrendas de comida, 9 dejaron flores y 10 un vaso de agua y una vela. En contraste, en Casa Grande un porcentaje de familias que hizo ofrendas de comida fue de sólo aproximadamente la mitad que en Panaderos. En el cuadro siguiente mostraremos la distribución de estos rituales, por hogares.

<i>Artículos</i>	<i>Casa Grande</i>		<i>Panaderos</i>	
	No.	%	No.	%
Carbón	8	19	4	36
Ofrendas	16	39	8	72
Flores	29	71	9	81
Agua	32	79	10	91
Vela	39	95	10	91

Parece que hay un orden regular y previsible en la eliminación de objetos a medida que se pasa del grupo de los creyentes al de lo no creyentes. El orden de eliminación es: primero, el carbón; después, las flores y sucesivamente, el agua y las velas. De manera que si el informante empleaba carbón, era seguro que empleaba todos los demás objetos.

CONCLUSIONES

Nuestros resultados preliminares indican que los miembros de la clase baja residentes en la ciudad de México evidencian mucho menos anonimato y aislamiento personales que los que se han descrito como característicos de los individuos residentes en las grandes ciudades de los Estados Unidos. La vecindad y el barrio dividen a la ciudad en pequeñas comunidades que actúan como factores de cohesión y de personalización. Mucha gente pasa la mayor parte de su vida en un solo barrio o colonia. Además, los lazos dentro de la familia extensa son fuertes, en especial durante las épocas de crisis. Encontramos que se reconoce y se recuerda a gran número de parientes, vivos y muertos (ver en Firth, 1956, para resultados análogos). El compadrazgo es también un factor de cohesión y mucho más fuerte en la vecindad pequeña.

A pesar del culto por el machismo y del énfasis de la cultura en general sobre la superioridad y el predominio del hombre encontramos una tendencia hacia la familia centrada en torno a la madre, en la cual ésta desempeña un papel crucial en las relaciones entre padres e hijos aun después de que éstos se casan. Uno de los factores causantes de esta situación puede ser la frecuencia con que los hombres abandonan a sus mujeres, y la existencia del patrón de la "casa chica", que hace que el hombre pase relativamente poco tiempo con sus hijos. Acaso tan importante como eso

es el efecto desmoralizador sobre los hombres que tienen dificultades para desempeñar el cometido que de ellos se espera como sostenes y cabezas de familia dentro de una cultura donde la desocupación, la irregularidad en los empleos y los bajos salarios son condiciones crónicas.

La vecindad actúa como un amortiguador de los inmigrantes de las zonas rurales a la ciudad, por la similitud entre su cultura y la de las comunidades rurales. En efecto, no encontramos marcadas diferencias entre la estructura familiar, la dieta, la ropa y el sistema de creencias entre los moradores de la vecindad, con respecto a su origen rural o urbano. El uso de hierbas curativas, la crianza de los animales, la creencia en la brujería, el espiritualismo, la celebración del Día de los Muertos, la apatía política y el cinismo con respecto al gobierno, parecen tan comunes entre las personas que han estado en la ciudad durante más de treinta años como entre los que han llegado a ella más recientemente. Podríamos llamar a esta gente campesinado urbano¹.

Varios niveles socioeconómicos deben reconocerse en la clase baja de la ciudad de México. Puede ser útil desarrollar una tipología conforme a los lineamientos preconizados por Loyd Warner, haciéndose una distinción entre la clase baja-baja, la media-baja, y la alta-baja, en términos que tienen significado en el medio mexicano. De acuerdo con tal estructura, la vecindad pequeña que estudiamos probablemente pertenecería a las clases baja-baja y media-baja, en tanto que Casa Grande tiene todos los niveles hasta los principios de una clase media-baja. En la vecindad de Panaderos se observa una incidencia mucho mayor de lazos de familia extensa, de compadrazgo, de analfabetismo, de mujeres que trabajan y de uniones libres. El nivel de ingresos es mucho más bajo, así como el promedio de artículos de lujo. Algunos de los elementos sintomáticos para una tipología de intracase y de intercase podrían ser las actitudes hacia la educación y la movilidad social hacia arriba; las actitudes hacia la limpieza, los ingresos, los tipos de ropa (por ejemplo, el saco y la corbata podrían servir para diagnosticar el miembro de la clase media), el uso de cuchillos y tenedores para comer, la estufa de gas, etc. Es interesante subrayar que los residentes de la vecindad, de origen campesino, que proceden de familias de pequeños terratenientes, tienen más aspiraciones de clase media, como el deseo

¹ Elliot Freidson sugiere ese término en una crítica del libro de Hoggart sobre la clase baja inglesa. Dice: "La visión que él nos da sobre una especie de campesino urbano-concreto y personal en su pensamiento, indiferente, escéptico, suspicaz y aun hostil hacia el mundo fuera del vecindario..." *American Journal of Sociology*, julio, 1958, p. 98.

de elevar su nivel de vida y la educación de los hijos que los miembros de su grupo de ingresos bajos que han nacido en la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- BERMÚDEZ, MARÍA ELVIRA
1955 *La Vida Familiar del Mexicano*. México, Robredo.
- FIRTH, RAYMOND
1956 *Two Studies of Kinship in London*. Londres, Athlone.
- HOGGART, RICHARD
1957 *The Uses of Literacy; Changing Patterns in English Mass Culture*. Fairlawn, N. J., EE. UU., Essential Books.
- LEWIS, OSCAR
1951 *Life in a Mexican Village: Tepoztlan Restudied*. Urbana, Ill., EE. UU.; University of Illinois Press.
1952 "Urbanización sin Desorganización". *América Indígena*.
- SLATER, ELIOT AND WOODSIDE, MOYA
1951 *Patterns of Marriage*. Londres; Cassell and Co.
- SPINLEY, B. M.
1953 *The Deprived and the Privileged*. Londres; Routledge and Kegan Paul Ltd.
- STEWART JULIAN
1957 *The People of Puerto Rico*. Urbana, Ill., EE. UU. University of Illinois Press.
- STYCOS, J. MAYONE
1958 *Familia y Fecundidad en Puerto Rico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ZWEIG, F.
1949 *Labour, Life and Poverty*. Londres; Víctor Gollancz Ltd.